

mira con menosprecio todas las minas de su país natal. Entre otras preguntas me dirige esta: «Ahora que Jorge Rex ha muerto, ¿podría V. decirme qué número de miembros de la familia Rex quedan todavía? Este Rex es, con seguridad, pariente del gran autor Finis, que ha firmado todos los libros.

Las minas de Jajuel son de cobre, y se envía todo el mineral á Swansea para fundirlo; por lo cual, comparadas con las minas de Inglaterra, tienen éstas un aspecto sosegadísimo: no hay humo, ni altos hornos, ni máquinas de vapor que alteren la tranquilidad de las montañas circundantes.

El gobierno chileno, ó mejor dicho, la antigua ley española, todavía vigente, estimula de mil maneras la investigación de las minas. Mediante un canon de cinco francos, todo el que descubra una mina tiene derecho á explotarla, sea cualqu coasta el punto en que la encuentre; antes de pagar aquel canon, puede continuar sus investigaciones hasta en el jardín de su vecino.

Hoy se sabe que el método empleado en Chile para explotar las minas es el menos dispendioso. Me dice mi patrón que los extranjeros han introducido en el país dos mejoras principales: primero la reducción, por el fuego, de las piritas de cobre, que son los minerales más comunes en Cornouailles; así se sorprendieron tanto los mineros ingleses, á su llegada, viendo que las tiraban como inútiles; segundo la trituración y lavado de las escorias procedentes de las cocciones pasadas, con los cuales se logra recoger gran cantidad de partículas metálicas. He visto mulas cargadas de estas escorias, transportarlas á la costa y embarcarlas para Inglaterra. Lo que en un principio ocurría es muy curioso: Estaban los mineros chilenos tan convencidos de que las piritas de cobre no contenían

un sólo átomo de metal, que se reían de la ignorancia de los ingleses; los cuales á su vez se burlaban de los chilenos y compraban los más ricos filones por unos cuantos pesos. Es particular que en un país en que desde hace tanto tiempo se explotan minas, no se haya descubierto un procedimiento tan sencillo como el de la quema para desalojar el azufre antes de la fundición. También se han introducido algunas mejoras en las máquinas más sencillas; pero hoy todavía (1834) se desecan las minas, ¡transportando el agua á hombros en sacos de cuero!

Los obreros de las minas trabajan mucho. Se les da muy poco tiempo para comer, y lo mismo en invierno que en verano comienzan á trabajar al rayar el día y no cesan hasta la noche. Se les pagan 25 francos al mes y la comida: el desayuno consiste en 16 higos y dos pedacitos de pan; la comida, son habas cocidas con agua; y la cena, trigo machacado y asado. Casi nunca comen carne; porque de los 300 francos anuales tienen que vestirse y mantener á su familia. Los que trabajan dentro de la mina reciben 31,25 francos al mes y se les da además un poco de charqui; pero éstos no se apartan de la triste escena de su trabajo más que una vez cada quince días ó cada tres semanas.

¡Qué placer experimenté, durante mi estancia en Jajuel, escalando estas inmensas montañas! La geología de este país, como fácilmente se comprende, es muy interesante. Las rocas quebradas, sometidas á la acción del fuego, atravesadas por innumerables diques de diorita prueban cuán formidables emociones han tenido lugar en otros tiempos. El paisaje se parece mucho al que hemos visto en la Campana y en Quillota: montañas secas y áridas cubiertas por manchones dis-

persos de espinos de escaso follaje. Sin embargo, hay aquí gran número de *cactus* ó más bien de higueras chumbas. Medí una que afectaba la forma esférica, y comprendiendo las espinas tenía seis pies y cuatro pulgadas de circunferencia. La altura de la especie común, ramosa, es de 12 á 15 pies, y la circunferencia de las ramas, comprendiendo las espinas, es de tres á cuatro pies.

Una gran nevada me impide, durante los dos últimos días de mi estancia, hacer varias excursiones interesantes. Trato de penetrar hasta un lago que los habitantes, sin que yo haya podido nunca saber por qué, consideran como un brazo de mar. Durante una sequía terrible propuso alguno abrir un canal para llevar al llano el agua de este lago; pero el padre, después de larga consulta, declaró que la cosa era demasiado peligrosa, porque todo Chile se inundaría si, como era creencia general, comunicaba el lago con el Pacífico. Subimos hasta grande altura, pero nos perdemos en las nieves y no podemos llegar á ese lago sorprendente, y tenemos que desandar el camino, no sin graves dificultades. He creído en algún momento que nos quedábamos sin caballos, porque como no teníamos medios de juzgar del espesor de la capa de nieve, los pobres animales no podían avanzar sino á saltos. A juzgar por el cielo cargado de nubes, se preparaba otra nueva tempestad de nieve; por lo que tuvimos gran satisfacción al vernos de regreso en la casa. Apenas llegamos, se desencadenó la tempestad en toda su violencia; no fué poca suerte la nuestra, que no se verificase este fenómeno tres horas antes.

26 de Agosto.—Dejamos á Jajuel y atravesamos por segunda vez el llano de San Felipe. Hace un tiempo hermosísimo y la atmósfera es de una pureza extraor-

dinaria. La espesa capa de nieve que acaba de caer hace destacar admirablemente las formas del Aconcagua y de la cadena principal; el espectáculo es imponente. Ahora nos dirigimos á Santiago, la capital de Chile. Atravesamos el cerro del Talguén y pasamos la noche en un pequeño rancho. Nuestro patrón resulta más que humilde al comparar á Chile con los otros países: «Algunos ven con los dos ojos; otros con un ojo solo; pero yo creo que Chile no ve con ninguno.»

27 de Agosto.—Después de atravesar varias colinas poco elevadas bajamos al pequeño llano de Guitrón, rodeado por todas partes de colinas. En depresiones como estas, situadas á 1.000 y aun á 2.000 pies bajo el nivel del mar, crecen en gran número dos especies de acacias, de formas achaparradas y muy separadas unas de otras. Nunca se ven estos árboles cerca de la costa; y este es otro rasgo característico que hay que añadir á los que presentan las repetidas depresiones. Atravesamos una pequeña cadena de colinas que separa á Guitrón de la gran llanura en que se encuentra Santiago; y desde lo alto de esta cadena el espectáculo es admirable: una llanura perfectamente plana cubierta en parte por bosques de acacias; á lo lejos la ciudad adosada á la base de los Andes, cuyos picos nevados reflejan todos los tintes del sol poniente. A primera vista se conoce que esta llanura representa un antiguo mar interior. Al llegar al llano, lanzamos nuestras cabalgaduras al galope y entramos en Santiago antes que cierre del todo la noche.

Paso una semana muy agradable en esta población. Ocupaba las mañanas en visitar diversos lugares de la llanura; por la tarde comía con varios comerciantes ingleses, cuya hospitalidad es harto conocida. Un manantial continuo de placeres es trepar por la roca

Santa Lucía, que se halla en el mismo centro de la ciudad. Desde allí la vista es muy linda, y como ya he dicho, sumamente original. Dícenme que este carácter es común á las poblaciones construidas en las grandes plataformas de Méjico. Inútil me parece hablar de la ciudad en detalle; no es ni tan bella ni tan grande como Buenos Aires, aunque construida por el mismo estilo. He llegado hasta aquí dando un gran rodeo hacia el Norte; y ahora me decido á volver á Valparaíso haciendo una excursión algo mayor, pero al Sur del camino directo.

5 de Septiembre.—Cerca de las 12 del día llegamos á uno de esos puentes colgantes hechos con pieles, que atraviesan el Maypugrán, río de rápida corriente que pasa á pocas leguas al Sur de Santiago. ¡Triste cosa son los tales puentes! El piso, que se presta á todos los movimientos de las cuerdas que lo sostienen, consiste en tablas colocadas unas junto á otras; y con mucha frecuencia faltan y aparece un agujero; al peso de un hombre, llevando el caballo de la brida, oscila todo el puente de un modo terrible. Por la tarde llegamos á una finca muy confortable, donde encontramos varias *señoritas* muy lindas. He entrado en una de sus iglesias, impulsado por la simple curiosidad, lo cual las ha escandalizado mucho. Después me dicen: «¿Por qué no se hace V. cristiano?; porque nuestra religión es la única verdadera.» Les aseguro que soy también cristiano, aunque no de la misma manera que ellas; y no quieren creerme, y añaden: «¡Pero sus sacerdotes de Vds., hasta sus Obispos, no se casan!» ¡Casarse un Obispo! Esto es lo que más les choca; no saben si reirse ó escandalizarse de tamaña enormidad.

6 de Septiembre.—Continuamos directamente hacia

el Sur y pasamos la noche en Rancagua. El camino atraviesa una estrecha llanura, limitada por una parte por altas colinas y por la otra por la Cordillera. Al siguiente día remontamos el valle del río Cachapual, donde se hallan los baños calientes de Cauquenes, célebres desde hace mucho tiempo por sus propiedades medicinales. En las regiones menos frecuentadas se quitan los puentes, colgados durante el invierno, porque entonces están muy bajas las aguas. Así lo han hecho en este valle y tenemos que atravesar el torrente á caballo. El paso es desagradable, corre con tanta rapidez el agua y hace tanta espuma al chocar con las grandes piedras del lecho, que marea, y es difícil asegurar si avanza el caballo ó es el terreno el que se mueve. En verano, cuando se funden las nieves, es imposible atravesar estos torrentes vadeando; tal y tan grande es la fuerza y violencia de su corriente, de la cual hay evidentes signos en ambas orillas. Por la tarde llegamos á los baños y nos detuvimos cinco días, dos de los cuales nos tuvo la lluvia, por desgracia, encerrados. El edificio lo forma un cuadro de chozas miserables, en cada una de las cuales hay una mesa y un banco. Se hallan situados los baños en un valle hondo y estrecho que rodea la falda de la cordillera central. Es un lugar tranquilo y solitario que no deja de tener grandes bellezas naturales.

Salen las aguas de Canquenes brotando en una línea de dislocación que atraviesa un macizo de rocas estratificadas, dejando ver por doquiera pruebas de la acción del calor. Por los mismos orificios salen con el agua gran cantidad de gases. Aunque no distan los manantiales unos de otros sino pocos metros, tienen temperaturas muy diferentes; lo que parece proceder de una mezcla desigual de agua fría; pues, en efecto,

las de temperatura más baja ya no tienen ningún sabor mineral. Después del gran terremoto de 1822 dejaron de correr los manantiales y no volvió á aparecer el agua hasta al cabo de cerca de un año. También las afectó mucho el terremoto de 1835, puesto que su temperatura bajó de improviso, de 118° á 92° F. (47°,3 á 33°,3 C.) Parece que las conmociones subterráneas deben afectar más á las aguas minerales que procedan de grandes profundidades y las que emanen de cortas distancias bajo la superficie. El guarda de los baños me ha asegurado que los manantiales son más abundantes y están más calientes en verano que en invierno. Que sean más calientes es muy natural, porque durante la estación seca habrá menos mezcla con aguas frías; pero la mayor abundancia parece á primera vista extraño y contradictorio. No creo que pueda atribuirse este aumento periódico durante el verano sino á la fusión de las nieves, y sin embargo, las montañas, cubiertas de nieve durante esta estación, se hallan á tres ó cuatro leguas de los manantiales. No tengo motivo ninguno para poner en duda la veracidad del guarda, quien, por haber vivido muchos años en estos lugares, debe haber observado bien tales cambios; pero si el hecho es cierto, es muy curioso. Hay que suponer, en efecto, que el agua procedente de la fusión de las nieves atraviesa capas porosas para bajar hasta la región del calor y de aquí viene luego á la superficie por la línea de rocas dislocadas en Cauquenes. La regularidad del fenómeno parece indicar también que en este distrito no se halla á mucha profundidad la región de las rocas calientes.

Subo por el valle hasta el punto habitado más distante. Un poco más arriba de este sitio se divide el

valle de Cachapual en dos profundas quebradas que se pierden directamente en la cadena principal. Realizo la ascensión á una montaña en forma de pico, que tendrá más de 6.000 pies de altura. Aquí, como en todos los puntos de este país, se presentan á la vista escenas del mayor interés. Por uno de estos barrancos fué por donde Pinqueira penetró en Chile para asolar toda la comarca. Este mismo individuo es el que atacó una estancia en las orillas de Río-Negro, de que ya he hablado. Pinqueira era un español renegado, mestizo, que reunió un ejército numeroso de indios y se estableció á la orilla de un río en las Pampas, sin que lograran jamás descubrir su paradero las tropas enviadas en su persecución. Salía de aquel sitio, y atravesando las cordilleras por pasos desconocidos, venía á asolar las fincas, se apoderaba de los ganados y se los llevaba á su habitación secreta. Pinqueira era un caballista de primer orden, como lo eran también todos sus compañeros, puesto que el jefe tenía por principio invariable romperle la cabeza á todo el que no pudiera seguirle. Contra este jefe de bandidos y algunas otras tribus indias errantes era contra quienes hacía Rosas la guerra de exterminio de que he hablado.

*13 de Septiembre.*—Dejamos los baños, volvimos al camino ancho y pasamos la noche en río Claro. Desde aquí me dirijo á la ciudad de San Fernando. Antes de llegar á ésta, la última depresión interior forma una inmensa llanura que se extiende tanto hacia el Sur, que los picos nevados de los Andes, que la limitan en esta dirección, parece como si saliesen del mar. San Fernando está situado á 40 leguas de Santiago; es el punto más Sur de mi viaje; pues al abandonar esta ciudad nos encaminaremos hacia la costa. Pasamos

la noche en las minas de oro de Yaquil, explotadas por Mr. Nixon, un americano que me hace muy agradables los cuatro días que vivo en su casa. La primera mañana fuimos á visitar las minas, situadas á algunas leguas, cerca de la cumbre de una colina bastante alta. En el camino vimos el lago de Tagua-Tagua, célebre por sus islas flotantes, que ha descrito Mr. Gay. Estas islas se forman de tallos de plantas muertas cabalgando unos sobre otros, y en cuya superficie nacen otras plantas; son, por regla general, circulares y llegan á adquirir un espesor de cuatro á seis pies, cuya mayor parte va sumergida. Según el lado de donde sople el viento pasan de una á otra orilla del lago y llevan á veces como pasajeros caballos ú otros animales.

Me sorprende tanto la palidez de la mayor parte de los mineros, que pregunto por su salud á Mr. Nixon. La mina tiene 450 pies (135 metros) de profundidad, y cada hombre sube á la superficie 200 libras (90 kilogramos) de piedras. Con esa carga al hombro tiene el minero que trepar por escotaduras hechas en troncos de árboles dispuestos en zig-zags en los pozos. Jóvenes de diez y ocho á veinte años desnudos de medio cuerpo arriba suben así con esta enorme carga. Un hombre vigoroso que no esté habituado á este trabajo, tendría por mucha labor encaramar sólo su cuerpo y llegaría arriba sudando. A pesar de este rudo trabajo se alimentan sólo de habas cocidas y pan. Ellos preferirían el pan seco, pero sus amos, comprendiendo que este alimento sólo no les permitiría un trabajo tan sostenido, los tratan como caballos y les obligan á comer habas. Ganan poco más que en las minas de Jajuel; les dan de 30 á 35 francos al mes, y no salen de la mina más que una vez cada tres semanas; en-

tonces pueden pasar dos días en sus casas. Parecióme bastante severo uno de los preceptos que se siguen en la mina, pero el propietario lo elogiaba mucho. El único medio de robar oro es ocultar un pedazo de mineral y llevárselo cuando se presente ocasión; ahora bien, cuando el vigilante encuentra un pedazo de mineral oculto, se calcula su valor y se reparte íntegro entre todos los obreros de la mina. A menos que estén todos de acuerdo, se vigilan todos unos á otros.

Llevado el mineral al molino se le reduce á polvo impalpable; el lavado arrastra todas las partes ligeras, y la amalgamación acaba por apoderarse de todo el polvo de oro. Un lavado parece un procedimiento muy sencillo, y sin embargo es admirable ver cómo la adaptación exacta de la fuerza de la corriente del agua á la gravedad específica del oro separa el metal de la matriz pulverizada que lo tenía encerrado. Las aguas sucias que salen del molino se reúnen en depósitos donde se las deja posar; después se vierte el agua y los posos se amontonan. Entonces se produce una acción química muy notable. Diversas clases de sales aparecen en la superficie, y la masa se endurece muchísimo. Dejando el montón en tal estado durante uno ó dos años, al someter luego esta tierra aurífera á un nuevo lavado se recoge el oro perfectamente. Este procedimiento puede repetirse seis ó siete veces con la misma tierra, pero cada vez es menor la cantidad de oro recogido y más el tiempo necesario para engendrar el oro, como dicen los indígenas. Es indudable que la acción química de que acabamos de hablar se realiza sobre alguna combinación en la cual se encuentra el oro al cual pone en libertad. El descubrimiento de un medio que permitiese obtener este resultado sin tener que pulverizar el mineral, aumen-

taria el valor de éste en proporciones extraordinarias. Es muy curioso ver cómo las particulitas de oro esparcidas en todas direcciones y tan brillantes acaban por formar una masa de importancia. Hace algún tiempo los mineros que no tenían trabajo obtuvieron permiso para rascar la tierra en los alrededores de la casa y del molino y lavando luego esa tierra obtenían oro por valor de 30 pesos. He aquí la armonía absoluta de la naturaleza. Las montañas se disgregan y acaban por desaparecer, arrastrando en su ruina las venas metálicas que pueden sostener. Las más duras rocas se transforman en lodo impalpable, los metales ordinarios se oxidan y unas y otros son transportados á lo lejos; pero el oro, el platino y algunos otros metales son casi indestructibles; su peso les hace ir siempre hacia abajo y se quedan atrás. Después que montañas enteras han sido sometidas á esas rupturas y esos lavados sucesivos por mano de la Naturaleza, el residuo se hace metalífero y encuentra beneficio el hombre en completar aquella obra de desmembración.

Por triste que sea la situación de los mineros (y puede juzgarse de ella por lo que antes hemos dicho), es una situación muy envidiada; porque la de los obreros agrícolas es todavía más dura. Los beneficios de estos últimos son mucho menores y se alimentan casi exclusivamente de habas. Esta pobreza proviene, en primer término, del sistema feudal que preside al cultivo de las tierras: el propietario da al campesino un pedazo de tierra en el cual puede éste construir su casa y cultivarle; pero éste le da en cambio su trabajo personal ó el de uno que le reemplace durante toda su vida, y esto día por día y sin jornal. De este modo el padre de familia no tiene quien cultive su terreno hasta que tiene un hijo de suficiente edad para

poder reemplazarle en el trabajo que debe al propietario. No hay que extrañar, por tanto, que sea extrema la pobreza en los obreros agrícolas de este país.

Hay algunas ruinas indias antiguas en estas cercanías, y me han enseñado una de las piedras perforadas que, según Molina, se encuentran con frecuencia en ciertos sitios. Estas piedras afectan una forma circular aplanada; tienen de 5 á 6 pulgadas de diámetro y se hallan atravesadas de parte á parte por un agujero. Muchos han supuesto que debían servir de cabezas para las mazas, aunque parecen poco propias para tal uso. Burchell demuestra que algunas tribus del Africa meridional arrancan las raíces, valiéndose de un palo aguzado por uno de sus extremos, y que para aumentar la fuerza y el peso del palo colocan una piedra perforada. Probable es que los indios de Chile hayan empleado en lo antiguo algún grosero instrumento agrícola semejante.

Un día vino á verme un naturalista alemán llamado Renous, y casi al mismo tiempo llegó un viejo notario español. Su conversación me divirtió mucho. Hablaba Renous tan correctamente el español, que el notario le tomó por un chileno. Hablando Renous de mí, preguntó á su interlocutor qué pensaba del rey de Inglaterra que enviaba á Chile á un hombre cuya única ocupación era buscar lagartos y escarabajos, y partir piedras. El viejo reflexionó profundamente unos momentos y después dijo:—«Eso me parece muy turbio.—*Aquí hay gato encerrado.* No hay nadie bastante rico para gastar tanto dinero en una cosa tan inútil. Eso es algo turbio, lo repito; si enviásemos un chileno á Inglaterra con igual misión, estoy seguro de que el rey de aquel país lo expulsaría en el acto.» Ahora bien; este